

«Quiero creer en ella»

Pedro Pablo Guerrero

Viaje al país de los profetas es, tal vez, el libro más desconocido de uno de los escritores más conocidos en Chile. Solo tuvo una edición, en septiembre de 1969, y ni siquiera se publicó en nuestro país, sino en Argentina. El resto de la obra rojiana ha gozado de múltiples reimpressiones y ha sido objeto de antologías, estudios y traducciones, pero aquel ensayo de apenas 90 páginas nunca ha vuelto a circular desde la publicación que realizó Ediciones Zlotopioro¹ en Buenos Aires.

En 1969, a los 73 años, Manuel Rojas era ya un escritor consagrado. Había recibido el Premio Nacional de Literatura en 1957, la crítica lo había incorporado al canon de la narrativa chilena y varios de sus cuentos y novelas (*Lanchas en la bahía*, *La ciudad de los Césares* y, sobre todo, *Hijo de ladrón*) formaban parte del plan de lecturas escolares, mientras que varios de sus libros circulaban en México, Argentina y otros países de América Latina.

¹ Creada por los hermanos David y Jacobo Zlotopioro, judíos nacidos en Polonia en 1903 y 1904 respectivamente. Ambos llegaron a Buenos Aires en la década del 30. El sello que crearon a partir de una imprenta aún existía en 2013 en manos de sus descendientes. Editorial Zlotopioro fue una de las dos editoriales que dominaron la escena de publicaciones en *idish* en Argentina y coeditó la influyente revista literaria *Los Libros* (1969-1976), además de publicar su propio catálogo de temática judaica. En un comienzo, los hermanos Zlotopioro fueron cercanos a la izquierda no sionista del Idisher Cultur Farband (ICUF), ligado al Partido Comunista Argentino, pero rompieron en 1952 cuando sus líderes se negaron a reconocer y condenar los procesos contra escritores judíos llevados a cabo en la Unión Soviética. Ver Dujovne, Alejandro. «La diáspora en imprenta. Actores, tramas y espacios del libro judío en Buenos Aires, 1910-1960». *Revista del Museo de Antropología* 6: 119-132, 2013.

Sus dos últimos trabajos, sin embargo, no eran obras de ficción, sino libros escritos a partir de viajes realizados por el continente americano: el volumen memorialístico *Pasé por México un día* (1965) y el conjunto de crónicas *A pie por Chile* (1967), ambos reeditados en fechas recientes por la misma editorial que ahora publica este ensayo-reportaje.

No hace falta resaltar aquí la importancia del viaje en la obra literaria de Rojas. Desde su primera colección de cuentos, *Hombres del sur* (1926), hasta su fundamental tetralogía novelesca *Tiempo irremediable* (1951-1971), se podría afirmar que la perspectiva narrativa del autor es inseparable de su existencia nómade. Sin embargo, *Viaje al país de los profetas* es más que una crónica de su visita durante poco más de una semana a Israel. Es un testimonio razonado de su pensamiento político a esas alturas de su vida y, por sobre todo, una declaración vehemente acerca de su postura respecto del pueblo judío, la formación del Estado de Israel y el antisemitismo; temas que, en plena Guerra Fría, habían vuelto al primer plano del debate público mundial a partir de la Guerra de los Seis Días (1967), que reconfiguró hasta el presente la fisonomía del Medio Oriente con el crecimiento del territorio de Israel a expensas del pueblo palestino y de las naciones árabes vecinas que participaron en el conflicto.

Al contrario de lo que muchos pueden suponer, «el país de los profetas», como lo llamaba, no era una preocupación nueva ni marginal en la vida de Manuel Rojas. Venía reflexionando sobre ella desde su juventud, a partir de su amistad con intelectuales y hombres de letras vinculados a esa cultura, en especial Samuel Glusberg (1898-1987), escritor nacido en Kishinev, Besarabia (actual Moldavia), que emigró a Buenos Aires huyendo de los pogromos. Fue en esta ciudad del Río de La Plata donde Rojas oyó hablar de él por primera vez. Corrían los años veinte, Glusberg había sido uno de los fundadores de la influyente revista *Martín Fierro* y publicaba tanto en su editorial como en su propia revista —ambas llamadas *Babel*—, a Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones y a escritores de la generación más joven. En un artículo escrito para revista *Ercilla*, en 1964, Manuel Rojas recordaría que,

cuando se vino a Chile y quiso publicar su primer libro —una colección de cuentos— se acordó de Glusberg y le escribió una carta para que lo editara. Sin embargo, este le respondió que solo le podía pagar con ejemplares, pues su negocio apenas lograba financiarse.² Años más tarde, Glusberg se avecindó en Chile, donde adoptó el seudónimo de Enrique Espinoza y refundó *Babel*, «La mejor revista cultural que haya habido en Chile», según la opinión de Armando Uribe.³ La etapa chilena de la publicación, que se inicia en 1939, coincide con la derrota de la República española a manos del fascismo; la llegada al poder del Frente Popular, encabezado por Pedro Aguirre Cerda; el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y el asesinato de León Trotski. Desde posturas de izquierda no estalinista, durante los 14 años que sobrevivió en tierras chilenas, *Babel* analizaría la situación mundial y el estado de la literatura captando a un notable grupo de colaboradores que escribían en sus páginas, siendo los más asiduos José Santos González Vera y Manuel Rojas, dos veteranos amigos y simpatizantes del anarquismo, a quienes se sumó desde el primer número, como diseñador, el afamado artista gráfico Mauricio Amster.

Rojas no menciona a Glusberg, ni a su alter ego literario Enrique Espinoza, en ninguna parte de *Viaje al país de los profetas*. Pero es fácil descubrir la presencia del amigo cuando recuerda que, en 1968, la Sociedad de Escritores de Chile propuso su nombre a la Embajada de Israel, junto al de otros cuatro autores chilenos, para visitar ese país. Confiesa que en un primer momento le resultaba difícil aceptar la invitación, pues se podía creer que era un premio a sus actuaciones públicas recientes. «Había presidido, poco tiempo

2 Finalmente, publicó el libro (*Hombres del sur*), en Chile, el editor Carlos George Nascimento, quien le pagó a Manuel Rojas con un documento a 90 días, que el cuentista vendió, antes del plazo, a Nicolás Weinstein. «Jamás me han fallado mis amigos judíos», comenta el escritor en su crónica «Enrique Espinoza, poeta privado» (*Ercilla*, 25 de noviembre de 1964).

3 Armando Uribe, presentación a Manuel Rojas / José Santos González Vera, *Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos*, compilación de Carmen Soria, Santiago de Chile, Planeta, 2005, p. 5.

antes —escribe Rojas—, una reunión de carácter internacional que terminó solicitando, respetuosamente, a la Unión Soviética, que concediera a los judíos rusos, considerados allá como una minoría, las mismas libertades culturales que concedía y concede a otras».

No da detalles, pero se refiere a la Conferencia latinoamericana de intelectuales sobre la situación de los judíos en la Unión Soviética, realizada en Santiago en julio de 1968, con el patrocinio del Comité Representativo de la Colectividad Israelita de Chile.⁴ Al encuentro asistieron escritores de la talla de Jorge Luis Borges —quien leyó el poema «Israel»—,⁵ el mexicano José Revueltas y una larga lista de autores, sobre todo argentinos, entre los que se contaban José Bianco y, por supuesto, Enrique Espinoza. La presencia chilena, en comparación, fue minoritaria: Carlos Morand, Carlos Vicuña Fuentes, Francisco Walker Linares, el exparlamentario radical Jacobo Schaulsohn y José Santos González Vera. Enviaron sus intervenciones Laín Diez y Armando Cassigoli.

En el libro, Manuel Rojas cuenta que, junto a Carlos Morand —omite u olvida que también los acompañó la escritora argentina Fryda Schultz de Mantovani—, fueron a entregar la declaración final de la conferencia a la Embajada de la Unión Soviética en Chile. Su secretario, sin embargo, se excusó de recibir el documento. Como deja en evidencia Rojas, aquella potencia mundial negaba que hubiera al interior de sus fronteras discriminación a los judíos; «pero ¿quién le cree a un Estado, aunque sea un Estado Socialista?».

4 La conferencia, presidida por Manuel Rojas, tuvo lugar en la Biblioteca Nacional y el Hotel Crillón de Santiago, entre el 4 y el 6 de julio de 1968. El discurso de apertura pronunciado por el escritor se encuentra en el anexo de este libro y procede del informe titulado *¿Existe discriminación contra los judíos en la Unión Soviética? Una conferencia histórica en Santiago de Chile* (México D.F., 1968), el que fue facilitado por Jorge Guerra. En el anexo se incluye un segundo discurso de Rojas sobre el conflicto árabe-israelí, fechado en 1969 y proveniente de su archivo personal.

5 Se trata del segundo poema que Borges escribió en 1967, al finalizar la Guerra de los Seis Días. El primero, «A Israel», fue escrito al inicio del conflicto. Ambos fueron incluidos por el autor en su libro *Elogio de la sombra* (1969), al igual que el poema «Israel, 1969», que parece haber sido escrito luego de la visita que realizó aquel año a ese país.

se pregunta el autor desde su escepticismo ácrata. «El único Estado que hasta este momento, y según firmemente creo, no miente, es el cubano, por lo menos Fidel Castro no miente», agrega Rojas. El escritor había ido a la isla, por primera vez, en 1966, como delegado chileno a la Conferencia Tricontinental, junto a Salvador Allende, para luego integrar el jurado del Premio Casa de las Américas en el género de novela. Faltaban todavía cinco años para que estallara el Caso Padilla.

¿Otro Estado más?

El autor de *Viaje al país de los profetas* está convencido de que los «comunistas oficialistas» están en contra de Israel siguiendo la línea marcada por la Unión Soviética, que apoya a los países árabes y les vende armas. La misma actitud advierte en el Partido Socialista. Rojas, que no pertenece a ningún partido y, por táctica, descreo de lo que dicen, toma partido por Israel en el conflicto del Medio Oriente: «Siento que los judíos de Israel son razonadores y creadores, en tanto que los árabes aparecen como negativistas y destructores», escribe.

Es la primera de una serie de afirmaciones sumamente controvertidas que el autor hace en el libro. Imposible no hacerse cargo de ellas. Rojas *siente* —atención al verbo que escoge— que los árabes obstaculizan el derecho de un pueblo, perseguido a través de toda su historia, a construir un país. Pero no cualquier país, sino uno diferente, ni más ni menos que una utopía, tal como la entiende su «admirado» Martin Buber:

En la revelación, la visión de lo justo se consuma en la imagen de un *tiempo* perfecto: como escatología mesiánica; en la idea, la visión de lo justo se consuma en la imagen de un *espacio* perfecto: como utopía. Por su esencia, la primera trasciende lo social, se ocupa del hombre como creación y hasta de lo cósmico; la segunda permanece circunscrita por el ámbito de la sociedad, aunque a

veces entraña en su imagen una transformación interna del hombre (*Caminos de utopía*).

Por temperamento, educación familiar y formación política, Manuel Rojas no puede creer en mesías. Se ha pasado la vida luchando contra el culto a la personalidad. La utopía, en cambio, le resulta concebible y aun deseable: cree en la forma profética que, según Buber, adopta en los sistemas de los socialistas utópicos, y que «hace depender la preparación de la redención, en cualquier momento dado y en proporciones imprevisibles, de la fuerza de resolución de todo hombre a quien se dirija». El filósofo judío-austriaco la contrapone a la forma apocalíptica —no olvidar que apocalipsis significa revelación— que toma en Marx, donde el proceso de redención social ha sido fijado desde la eternidad en todos sus detalles, como una ley histórica inexorable, de la cual los hombres serían meros instrumentos para su realización.

La forma profética que asumen los socialismos utópicos es prerrevolucionaria, tiene lugar en sociedades burguesas, todavía no redimidas por una revolución. El socialismo de Marx, en cambio, calificado por él mismo de científico, es posrevolucionario: supone derribar al Estado burgués, pero reemplazándolo por un Estado socialista y una dictadura del proletariado que sirve de puente entre la revolución y el establecimiento del socialismo. «Pero ¿quién ejerce esa dictadura?», se pregunta Rojas. «Los hombres, Stalin u otros», contesta. «¿Y cuánto tiempo durará eso?». El escritor busca la respuesta en el Lenin de *El Estado y la revolución* (1917), quien asegura que el Estado se extinguirá a medida que la inmensa mayoría de la sociedad tome las cosas en sus manos, se organice y controle todo.

¿Es esta una utopía profética o una utopía apocalíptica? —se pregunta Rojas— No lo sé, pero, por mi parte, creo en ella, quiero creer en ella, no porque alguna ciencia me demuestre que es exacta sino porque es una profunda y oscura aspiración de mi alma.

Quiero creer en ella, dice Rojas, en una formulación que recuerda el *creer que se cree*, de Gianni Vattimo. Un acto de fe. Laica, pero fe al fin

y al cabo. Por eso, Rojas *siente* que los partidarios de esta utopía o experimento social son «razonadores y creadores» (los judíos), en tanto que sus enemigos son «negativistas y destructores». Así, al menos, se le *aparecen*; este es el verbo que usa. Toca que son árabes, pero cabe suponer que si hubieran sido de cualquier otro pueblo en guerra con ellos le *parecerían* lo mismo. El autor se mueve, hay que admitirlo, en el terreno de la adhesión y el rechazo; por ende, en el del estereotipo.

Rojas celebra en otro texto de Lenin el elogio que este hace de los «grandes rasgos universalmente progresistas de la cultura judía». ⁶ Según el escritor chileno, «Los *kibutznikim* [colonos] son y quieren ser de estos últimos judíos, no de los que habló Marx». Contrapone así la visión de Lenin a la del filósofo alemán, para quien «el judío era solo un burgués», de acuerdo con las palabras de Rojas, aunque no remite a ningún texto concreto de Marx. ⁷

Los *kibutznikim*, es decir, los fundadores de los *kibutzim* (plural de *kibutz*: colonia comunitaria) son los judíos en los que piensa Rojas al pensar en Israel. Hombres y mujeres que trabajan la tierra, comparten el fruto de su trabajo y la defienden, incluso con las armas. En su visita al kibutz Ramót Menashé, donde viven muchos judíos nacidos en Chile, el escritor tiene una inspirada reminiscencia:

Me acordaba a veces de los escritores y artistas chilenos que a principios de este siglo intentaron convertirse en esa clase de trabajadores. Influenciado por el escritor ruso León Tolstoi, Augusto D'Halmar, cuentista y novelista, hizo, con Fernando Santiván, también novelista y cuentista, y con Julio Ortiz de Zárata, pintor, un ensayo de colonia tolstoyana. Pretendieron establecerse en alguna parte del sur de Chile, pero, faltos de capital, hubieron de conformarse con asentarse en unas tierras que el poeta Manuel Magallanes Moure poseía en las cercanías de Santiago. El resultado fue negativo: D'Halmar quiso ser solamente el guía espiritual

6 V. I. Lenin: *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1951, p. 12.

7 Es posible que se refiera al ensayo «Sobre la cuestión judía» (1844), publicado por Karl Marx en el *Deutsch-Französische Jahrbücher*.

de la colonia, el inspirador; pero allí nadie necesitaba inspirador: lo que había que hacer era trabajar. D'Halmar se negó a hacerlo y el ensayo terminó. Es lo que no ocurre en el kibutz: la inspiración ya está dada y no la dio un hombre; la dan todos.

No es un líder ni un iluminado lo que necesita la utopía, sino el trabajo colectivo. Los profetas del país al que se refiere Rojas en el título de su libro son los del *Antiguo Testamento*, que ha leído y conoce bien, pero también los del Futuro Testamento, todavía en construcción.

Muchas personas, admite Rojas, entre ellas grandes amigos judíos, no comprenden por qué un judío debe irse a Israel. Uno de ellos, el médico Mauricio Weinstein —a quien le dedicó, junto con Daniel Schweitzer, su novela *Punta de rieles*— le dijo una vez, cuando en Chile no se hablaba mucho del sionismo: «¿Ir a Israel? ¿Para qué? ¿Para fundar un Estado igual a tantos otros? No lo comprendo. ¿Un Estado más? No».

Pero Rojas nunca pensó en un Estado como los demás. Siempre tuvo en mente una utopía. Israel no es un país socialista, cierto. Jamás ha declarado serlo, como sí lo han hecho Cuba, China y la Unión Soviética. Pero leyendo *Caminos de utopía*, de Buber, descubrió que había un cuarto país que intentaba acercarse a «una realización en pequeño del sueño de tantos», como anota Rojas.

Ya en 1928, en una columna titulada «Palestina», que publicó en *Los Tiempos*,⁸ Manuel Rojas había celebrado el aniversario de la Declaración Balfour (2 de noviembre de 1917), a través de la cual Inglaterra reconocía al pueblo judío el derecho de establecer un hogar nacional en Palestina, territorio que estaba entonces bajo el dominio del Gobierno de Su Majestad Británica. En su artículo, el escritor consideraba a los llamados *jalutzim* (pioneros), llegados principalmente de Rusia, como «gente de iniciativa, industriales, tenaces, trabajadores, que durante muchos años han ayudado al

8 Los artículos de Rojas publicados en diarios y revistas que se citan aquí fueron facilitados por Daniel Muñoz Rojas, nieto del escritor, quien está recopilando sus ensayos completos en vista de su publicación.

engrandecimiento de naciones que no eran su patria», y confiaba en que harían de su tierra «una nación de primer orden».

Buber se refiere a estos *jalutzim* como una élite de precursores integrada, a la vez, por elementos de todas las clases del pueblo y situada más allá de ellas, que se da a sí misma, como forma de vida, la «aldea comunitaria», abarcando todos los matices de la escala: «desde la estructura social de la ayuda mutua hasta la comuna». Siguiendo al filósofo austriaco, Rojas valora las tres primeras olas de colonos, que llegan a Palestina entre 1882 y 1923. Se muestra crítico, en cambio, de la cuarta («pequeños burgueses que de buena gana se habrían ido a Estados Unidos si se les hubiese permitido entrar») y, sobre todo, de la quinta y de la sexta, integradas por judíos que huían de Alemania no por ideales, sino por el creciente terror antisemita desatado en Rusia, Polonia y Alemania.

No es de extrañar que, en 1936, Manuel Rojas hubiera publicado en revista *Atenea* una dura crítica del libro *Tierra judía*, de Joseph Kessel, traducido por Sergio Atria con el auspicio de la Federación Sionista de Chile. Este volumen de crónicas de viaje por Palestina del escritor francés nacido en Argentina le parece a Rojas de escaso valor literario, «como todos los libros de propaganda». ¿Qué irrita tanto al reseñador? El nuevo país aparece, en el libro de Kessel, como un campo de ensayos sin unidad moral, social, económica ni religiosa. El único lazo común de sus habitantes es el idioma y la aspiración de crear una patria propia, sin importarles la forma que deberá tener. «¿[Sus colonias] quedarán solo como ensayos o llegarán a convertirse en organismos definitivos? Mucho nos tememos que no y que desaparezcan absorbidas por el capitalismo», advierte Rojas. Sería un resultado frustrante, «una peregrinación inútil por el mundo», que no traería entre sus manos «nada nuevo, nada original, nada hermoso».

Idéntico reproche hará el escritor, 33 años después, a Moshé Dayán, el político y militar que, como ministro de Defensa, jugó un papel decisivo en el triunfo de Israel durante la Guerra de los Seis Días. En *Viaje al país de los profetas*, repasa las críticas del estrategia israelita a los ideales de sus mayores, a quienes les dice que las consideraciones ideológicas son un «lujo» para un país en

vías de desarrollo que se enfrenta a amenazas externas urgentes, al tiempo que llama a admitir el enriquecimiento de los inversionistas en capitales productivos y urge incorporar la tecnología al trabajo, pues es más barato que hacerlo por medio de los colonos o pioneros. «Dayán agregó que el destino de Israel era convertirse en una sociedad como todas», comenta Rojas. «¿Tanta lucha, tanto llanto judío, tanta sangre y tantos muertos, tanto trabajo, para terminar fundando un Estado como cualquier otro, un maldito Estado burgués que mañana o pasado mañana deberá derribar una revolución socialista?».

El 28 de abril de 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, desde las páginas de *Las Últimas Noticias*, Rojas había realizado una dolorosa comparación entre la migración de las aves hacia el sur de Chile, provocada por la invasión de la corriente del Niño, y la noticia de que los judíos («Una parte de la flor y nata del mundo civilizado») están emigrando en masa desde Palestina debido a la inestable situación en el Mediterráneo Oriental. «Tal como las aves también muchos morirán, como otras veces, frente a quién sabe qué desoladas playas», se lamenta.

Al año siguiente, Rojas escribe en el mismo diario contra quienes culpan a los judíos del alza de los arriendos. «En Chile, con judíos o sin judíos, se ha especulado y se seguirá especulando con todo lo especulable. Desde que tengo recuerdo, la vida en Chile no ha hecho otra cosa que encarecer», se queja el columnista. «¿Por qué echarle la culpa, ahora, a los judíos recién llegados al país? Todo el mundo conoce a don Fulano de Tal, chileno, especulador; a don Zutano de Cual, español, especulador; a don Perengano de Taltal, italiano, especulador, y así de todas las nacionalidades».

Cuando, a comienzos de 1944, el mundo se entera del exterminio de miles de semitas en Alemania y el este de Europa, el escritor chileno se pregunta si los miserables judíos —zapateros, lecheros, vendedores de baratijas, albañiles, sastres, panaderos, agricultores— constituían una amenaza para la civilización, tal como proclamaba Hitler. «Podrán decirnos: no se trata de esos judíos; se trata de otros, de los judíos banqueros, industriales,

políticos, comerciantes. Pero, si eso fuera así, ¿por qué se persiguió y se aniquiló a los otros? Y, por lo demás, ¿por qué han de ser peores los banqueros, industriales, políticos o comerciantes judíos que los banqueros, industriales, políticos o comerciantes no judíos?».

No sabemos si Manuel Rojas llegó a leer las traducciones al español de autores judíos tan formidables como Isaak Bábel, Isaac Bashevis Singer o Joseph Roth, pero un artículo de 1943, también de *Las Últimas Noticias*, da cuenta de su admiración por el escritor Sholem Aleijem (1859-1916), que nació en Rusia y murió en Estados Unidos. El chileno saluda la publicación en castellano de algunos de sus cuentos, traducidos del *ídish* por el argentino Salomón Resnick. «Leyéndole, conociéndole por fin —escribe Rojas—, no sabe uno qué admirar más en este escritor: si su gran vena humorística, que es quizá la que más estiman los judíos, o esa otra suave y tierna, de tristeza, que se cruza y vuelve a cruzar con la otra, interminablemente».

Aprensiones del peregrino

Un aire de sospecha atraviesa en sordina las páginas de *Viaje al país de los profetas*. Desde el comienzo, tal como declara Rojas, sabe que aceptar el convite le traería la reprobación de muchas personas que lo conocen y pensarían que era el pago o retribución por su apoyo público a la causa de Israel y los judíos. Un amigo incluso lo había llamado «provocador» a raíz de la conferencia que presidió en 1968. El conflicto entre árabes e israelíes polarizaba las opiniones y crispaba el debate político en todas partes del mundo. De la quina original de nombres propuesta a la Embajada de Israel en Chile, se retiraron algunos escritores diciendo que no podían ir. A otro se le atribuyó una declaración hostil contra el país anfitrión, algo que lo dejó fuera de carrera. Rojas finalmente aceptó cuando sus amigos lo convencieron de que era una invitación de rutina.

Una razón atendible, considerando que era una práctica habitual entre naciones que querían mejorar su imagen, sujeta a múltiples cuestionamientos, como eran los casos de China,

Estados Unidos, Cuba y la URSS. El propio Borges, que había asistido en 1968 a la Conferencia latinoamericana de intelectuales sobre la situación de los judíos en la Unión Soviética, viajó a Israel al año siguiente, en las mismas fechas que Manuel Rojas. Este último cuenta en su libro que, en Jerusalén, los dos coincidieron durante una concurrida recepción ofrecida por el Instituto Central de Relaciones Culturales Israel-Iberoamérica, España y Portugal. Borges también estaba invitado a la Universidad Hebrea al día siguiente de la visita que hizo Rojas a esa misma casa de estudios. Julianne Clark, «mi mujer», como el escritor la presenta en *Viaje al país de los profetas*, lo acompañó durante toda la visita a Israel. Partieron de Chile el 14 de enero de 1969. En su libro *Y nunca te he de olvidar. Mi vida junto a Manuel Rojas* (Catalonia, 2007), la autora estadounidense recuerda que Borges y el escritor chileno se encontraron por casualidad en una escalera del hotel donde ambos estaban hospedados en Jerusalén. «Nos presentaron», anota Clark, y luego cada cual siguió su camino. «Manuel siempre había comentado que el arte de Borges era demasiado “torre de marfil”», escribe en sus memorias.

Es seguro que el país que ambos escritores conocieron al mismo tiempo no pudo ser el mismo. Durante su viaje por Israel, Manuel Rojas se explaya sobre todo en sus visitas a los *kibutzim* Ramót Menashé y Lojamei Haguetaot, donde lo sobrecoge la visita al museo dedicado al gueto de Varsovia y la historia de su heroica rebelión contra los nazis. Cruzando el río Jordán, visita la meseta de Golán, ocupada por Israel desde 1967 y cubierta de chatarra bélica calcinada. En el lago Kinéret, llamado también Tiberíades y mar de Galilea, contempla un sencillo barco de pescadores, seguramente igual al que recorría las aguas en tiempos de Jesús, que hace evocar al viajero chileno una escena de *Los pájaros errantes*, de Pedro Prado.

Por el contrario, apenas lo impresionan, en Nazaret, los Lugares Santos del cristianismo. Sabe que su belleza no está allí, sino en las páginas de los Evangelios, y forma parte del *tiempo perfecto* o celestial, cuando lo que él y Juli buscan es el *espacio perfecto* acá en la tierra. ¿Se alcanzará algún día? Rojas tiene sus dudas. Le

preocupan, como ya vimos, las nuevas generaciones de inmigrantes que llegan a partir de 1948. Pero la principal amenaza, le parece, viene de afuera: del mundo socialista que acusa a Israel de ser un agente del imperialismo de los Estados Unidos, lo que aísla todavía más al país, salvo por voces solitarias como la de Sartre, quien no soporta la idea, a su juicio «racista», de destruir el Estado judío.

Israel y los países árabes —escribe Rojas— tienen una izquierda, una izquierda limpia, limpia de estrategias y de prejuicios, y son ellos y no los patrones ni los militares, los grandes industriales ni los terratenientes o petroleros, los que deben decir la verdad, los que deben arreglar esto. Quizá no puedan en este momento, pero alguna vez lo podrán. Un Israel socialista y un mundo árabe también socialista no tendrán por qué discutir ni por qué pelear.

A pesar de este conciliador llamado final, *Viaje al país de los profetas* no se publica en Chile. Rojas termina las últimas carillas del manuscrito a mitad de mayo, casi cuatro meses después de su regreso de Israel. El libro aparecerá en septiembre de 1969, al otro lado de los Andes. ¿Por qué no en Chile? Lo más probable es que ningún editor se atreviera a publicarlo. A pesar de su innegable interés y la lucidez de muchos pasajes, el libro contiene más de una opinión que podía ofender a la comunidad palestina residente en el país.

Manuel Rojas murió el 11 de marzo de 1973. Alcanzó a ver el triunfo de la Unidad Popular pero no su caída. Tampoco fue testigo del curso que tomaría el conflicto árabe-israelí en Medio Oriente. Al contrario de lo que afirmaba en *Viaje al país de los profetas*, los refugiados palestinos siguieron aumentando, y su huida no fue alentada por los países árabes, sino por el propio Estado de Israel, que los ha venido expulsando de sus territorios para crear más y más asentamientos judíos. ¿Eran estos como los *kibutzim* que Rojas visitó en 1969? Para nada. De los 65.000 que había en los años 50 apenas quedan hoy 260, y la mayoría tiene un carácter muy alejado del espíritu colectivo que los animaba en ese entonces. Tal como lo pedía Moshé Dayán, el trabajo manual dio paso a una creciente automatización y el sector más pujante

de la economía israelí ya no es la agricultura, sino la innovación tecnológica, con una explosión de las empresas emergentes, que crecen a razón de 600 por año.⁹ ¿Viven mejor los judíos que hace 50 años? Según estadísticas del Instituto Nacional de Seguros de Israel, 1.980.309 personas, de una población total de 9,2 millones de habitantes, viven bajo la línea de la pobreza. Esa cifra incluye a casi uno de cada tres niños.¹⁰

El *espacio perfecto*, o el intento de construirlo, al menos, quedó trunco. En 1977 fue elegido por primera vez en Israel un gobierno de derecha, con Menájem Beguín como primer ministro. En los 90, se inició un proceso masivo de privatizaciones y el acercamiento a los Estados Unidos se aceleró notoriamente a partir de 1981, con la llegada al gobierno de Ronald Reagan, quien nombró a Israel como el mayor aliado no perteneciente a la OTAN. Las condiciones de vida de los palestinos en Israel empeoraron de manera sostenida, y la represión militar de la población dio origen, el 8 de diciembre de 1987, a la primera intifada («revuelta de la piedras»). Hoy, de los 1.980.309 pobres de Israel, 702.832 son árabes.

En un contexto mundial de guerras, escasez de recursos y degradación veloz del medio ambiente, la situación de Israel no es mejor ni peor que la de muchos otros países. «Un Estado igual a tantos otros», como se temía Mauricio Weinstein, el gran amigo de Manuel Rojas. *Viaje al país de los profetas* es, por tanto, una profecía no cumplida. Aún.

9 Estos datos fueron tomados el artículo «70 años de Israel, de la utopía socialista de kibutz a ocupación e innovación», publicado por Maya Siminovich en el diario *La Vanguardia* (18 de abril de 2018).

10 «Dos millones de israelíes viven bajo la línea de pobreza», artículo de Gad Lior adaptado por Tom Witcher. www.ynetspanol.com: 21 de enero de 2021. <https://www.ynetspanol.com/actualidad/sociedad-informacion-general/article/rk3KoODJu>